

pre encontrarían á los españoles prontos á recibirlos." <sup>1</sup>

El doloroso espectáculo que ofrecían los indios mutilados, llenó de horror y consternación á sus compatriotas. El altivo orgullo de su jefe quedó humillado, perdiendo desde aquel momento su acostumbrada arrogancia y presunción; y los soldados por su parte, llenos de un miedo supersticioso, se rehusaron á seguir guerreando contra un enemigo que sabía leer sus pensamientos y adivinar sus planes, ántes de que hubiesen puesto mano á realizarlos, <sup>2</sup>

El castigo que impuso Cortés á los espías, parecerá brutal al lector; pero debe tenerse presente en abono de aquel, que las víctimas eran espías y podían como tales ser castigadas con la muerte, según la leyes de la guerra generalmente admitidas entre todas las naciones, ya cultas, ya bárbaras. La amputación de los miembros era un castigo suave, y destinado á ofensas de menor tamaño. Cuando nos escandalicemos al pensar en la barbaridad de la

<sup>1</sup> Diaz dice que solo diez y siete perdieron las manos, y los demás los dedos. (cap. 70). Cortés no titubea en confesar que los cincuenta perdieron las manos. "Les mandé tomar á todos cincuenta, y cortarles las manos, y los envié que dijese á su señor que de noche, y de día, y cada y cuando él viniese, verían quien éramos." Relación segunda, en Lorenzana, pag. 53.

<sup>2</sup> "De que los tlaxcaltecas se admiraron, entendiendo que Cortés les entendía sus pensamientos." Ixtlilxochitl, Hist. Chich. p. MS. ca83.

sentencia, reflexionemos que no era tan desusada en aquellos tiempos, ni mas desusada tampoco que los azotes y la marca con un hierro ardiente, admitidas en nuestro mismo país á principios del siglo presente, ó que la de perder las orejas, en uso todavía en el pasado. Una civilización ya adelantada, rechaza semejantes castigos, es cierto, como perniciosos en sí mismos y degradantes á la humanidad; pero en el siglo XVI estaban admitidos aun por las naciones mas cultas de la Europa; sería demasiado estricto de un hombre, y mucho mas de un hombre criado en la dura carrera de las armas, que se anticipase en civilización á su época. Ya nos contentariamos con que en circunstancias tan críticas como esta, no se hubiese abajado á cosas mas indignas de la humanidad.

Habiendo decidido Xicotencatl, desistir de todo intento de resistencia, permitió á los cuatro embajadores tlaxcaltecas que fuesen á desempeñar su cargo; siguiéndoles á poco tiempo él mismo, acompañado de un gran séquito militar. Luego que estuvieron cerca de los reales españoles, pudieron los de esta nación conocerles en la librea blanca y amarilla, la propia de la casa de Titcalla. Grande fué el placer que causó al ejército aquella señal cierta de que iban á terminar las hostilidades; por manera que difícilmente pudo Cortés reprimir el gozo de



los soldados y permanecer él con el aire indiferente que le convenia demostrar á los enemigos.

Los españoles escudriñaban con curiosidad al gefe que por tanto tiempo les habia tenido á raya, y que hoy marchaba con un paso tan firme y un continente tan altivo, como si viniera mas bien á hacer un reto que á solicitar las paces. Era de estatura poco mas que regular, ancho de hombros y de formas musculares que denotaban su actividad y su fuerza. Su cabeza era espaciosa y su frente impresa con las arrugas de un trabajo penoso mas bien que con las de los años, pues apenas tenia treinta y cinco. Al presentaase ante Cortés, le saludó de la manera corriente, tocando la tierra con la mano y llevando ésta en seguida á la cabeza; entretanto que sus sirvientes le envolvian en densas nubes de incienso de suaves y odoríferas gomas.

Lejos de temer incurrir en el desagrado del senado, se echaba sobre sí mismo toda la responsabilidad de la guerra. Dijo que habia tenido á los blancos por enemigos, por haber venido en compañía de los aliados de Moteuczoma: que amaba á su patria y que deseaba que se conservase siempre independiente de los aztecas: que habia sido vencido por los blancos, quienes tal vez serian los hombres que sus oráculos les habian predicho que habian de venir del Oriente: que deseaba que usasen de la victoria con moderacion y sin atropellar las libertades

des de la república; finalmente, que venia á nombre de su nacion á ofrecerles á los españoles su amistad, que podian estar seguros de que seria tan sincera, como firme habia sido su resistencia.

Cortés, lejos de ofenderse de aquel comportamiento, quedó admirado al ver aquélla alma elevada que se desdeñaba de mostrarse inferior al infortunio: los valientes saben respetar el valor. No obstante, tomó un aspecto severo, queriendo como reconvenir al gefe indio por haberse mantenido enemigo por tanto tiempo. Díjole que si Xicotencatl hubiese desde el principio creído en la palabra de los españoles y aceptado la amistad con que le habian requerido, habria ahorrado á su pueblo de grandes desgracias, hijas únicamente de la obstinacion; pero que era imposible deshacer lo ya sucedido: que deseaba dejarlo en el olvido y recibir á los tlaxcaltecas como á vasallos del emperador su señor: que si se mantenian fieles, encontrarían en los españoles firmísimo apoyo; pero que si por el contrario se mostraban pérfidos, tomaria tal venganza cual la que habria descargado sobre su capital á no haberse apresurado á rendirse sumision. Semejante amenaza sonaba muy ominosamente al gefe á quien se dirigia.

El cacique ordenó luego que trajesen algunas cosas de oro y de plumaje, que traia con objeto de



regalarlas al general: "Nada valen, dijo sonriéndose, porque los tlaxcaltecas somos pobres, no tenemos oro, y ni aun algodón ni sal: el emperador azteca nada nos ha dejado mas que nuestra libertad y nuestras armas: está dádiva es solo una muestra de buena voluntad."—"Como tal la recibo, dijo Cortés, y siendo de los tlaxcaltecas, tiene para mí mas valía que si me la mandase cualquiera otro, aunque ella fuese una casa llena de oro;" respuesta tan cortesana como hábil, pues con la ayuda de aquella amistad, iba á ganar todo el oro de México. <sup>1</sup>

Así terminó la sangrienta guerra con la terrible república de Tlaxcalan, durante la cual, mas de una vez vaciló en la balanza la fortuna de los españoles, y que si hubiese durado un poco mas, habria acabado por su completa confusion y ruina, pues estaban agotados por sus heridas, vigiliass y fatigas, y ademas, ya comenzaba á cundir el gérmen del descontento. A pesar de esto, salieron sin mancilla de aquella lucha tremenda: á los ojos del enemigo aparecian invulnerables: sus encantadas vidas, eran tan inaccesibles á los golpes de la fortuna, como á los asaltos de los hombres. Nada tiene de estrañar que

<sup>1</sup> Relac. seg. de Cortés en Lorenzana, págs. 56, 57. Oviedo. Historia general, MS, lib. 33, cap. 3. Gomara, Crónica, cap. 53, Bernal Díaz, Hist. de la Conq., cap. 71 y siguiente. Sahagun, Hist. Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

los conquistadores hayan abrigado en su seno aquella dulce ilusion, y que hasta el último de ellos se haya imaginado ser el instrumento especial de algun decreto de la Providencia, quien le escuchaba en la hora del peligro reservándole á mas alto destino.

Estando todavía los tlaxcaltecas en el campo español, anunciaron la llegada de una embajada de Moteuczuma. La fama de las hazañas de los españoles se habia difundido por toda la mesa de Anáhuac: el emperador principalmente, habia seguido todos sus pasos, conforme habian ido subiendo la falda de las Cordilleras y acercándose á la mesa central que forman sus crestas: les habia visto regocijado, seguir el camino de Tlaxcalan, porque confiaba en que á ser mortales los españoles, allí encontrarían su sepulcro: grande fué, por lo consiguiente, el desaliento y sobresalto que le causaban las incessantes noticias que diariamente recibia, de los triunfos de los españoles sobre la mas formidable y belicosa nacion de las de la mesa, cuyos ejércitos eran dispersados como paja por la espada de aquel puñado de aventureros.

Sus temores supersticiosos recobraron de nuevo todo su ascendiente: veia en los españoles á los hombres predestinados á arrebatárle el cetro. Agitado de temores y dudas, resolvió despachar otra nueva



embajada al campamento cristiano: componíanla cinco de los primeros nobles de su corte, acompañados de doscientos esclavos: el regalo era como de costumbre, propio de su miedo y su munificencia habitual, y consistía en tres mil onzas de oro, en granos del mismo metal, y en varios artículos de manufactura, muchos centenares de capas y vestidos de algodón bordados y varios objetos de plumage. Al poner aquellas cosas á los piés de Cortés, dijéronle los enviados, que venían á nombre de su señor á felicitarle por las últimas victorias que había alcanzado: que lo único que sentía su emperador era no poderle recibir en su capital, cuya numerosa población era tan turbulenta, que podría poner en riesgo la vida de los blancos. La sola indicación de los deseos del monarca azteca, habría sido bastante para que la obedeciesen las naciones indias; pero nada valía para los españoles; por lo que viendo que aquella excusa pueril de nada servía, apelaron los embajadores al pobre recurso de ofrecer á nombre de su señor, que éste pagaría tributo al monarca de los castellanos, con tal de que desistiesen éstos de su viaje á México. Esta fué una torpeza, pues era enseñar en una mano la rica joya que no podían defender con la otra. ¡Y sin embargo, el autor de esta conducta pusilánime, víctima infeliz de la superstición, era afamado por su intrepidez y audacia, era el terror de todo Anáhuac!

Cortés al mismo tiempo que alegaba los mandatos de su soberano, por motivo único de no acceder á los deseos del de los aztecas, usó de las expresiones de mas profundo respeto hácia éste último y les dijo, que ya que no estaba ahora en su mano recompensar como deseaba, las dádivas de Moteuczuma, *¡algún dia se las pagaria en buenas obras!*<sup>1</sup>

Los enviados aztecas no quedaron muy contentos de ver que la guerra había terminado y que se habían entablado las paces entre los blancos y los tlaxcaltecas, enemigos mortales de los mexicanos. El ódio que se profesaban éstos y los de Tlaxcalan era tan profundo, que no pudieron reprimirlo ni aun á presencia del general español; lo que causó mucho placer á éste, que en aquella rivalidad estaba mirando el origen de sus victorias y de la ruina del imperio de Moteuczuma.<sup>2</sup>

1 "Cortés recibió con alegría aquel presente, y dijo que se lo tenía en merced, y que él lo pagaría al Sr. Moteuczuma en buenas obras" B. Diaz, op. cit. cap. 73.

2 Cortés insiste sobre esto en su carta al emperador, donde dice: "Vista discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no huve poco placer, porque me pareció hacer mucho á mi propósito, y que podría tener manera de mas áína sojuzgarlos, é aun acordeme de una autoridad evangélica, que dice: *Omne regnum, in scipsum divisum desolabitur*: y con los unos y con los otros maneaba, y á cada uno en secreto le agradecía el aviso que le daba, y le daba crédito de mas amistad que al otro." Relac. Seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 61.



Dos de los embajadores se volvieron á México á informar á su soberano del estado que guardaban los negocios en el campamento cristiano: los otros dos permanecieron en él, de lo que se alegró Cortés, pues de esta suerte podian ser testigos de las consideraciones que le guardaban los tlaxcaltecas. Por lo tanto, suspendió su marcha á México, no porque descansase ne los insultantes ofrecimientos de buena fé de los mexicanos, sino porque queria someterla á una prueba mas larga, y antes de visitarle dejar que se restableciese completamente su quebrantada salud. Entretanto, todos los dias llegaban mensajeros de la capital de la república á instarle á que apresurase su marcha á ella; y por último, impacientes de la tardanza, vinieron los ancianos gobernadores de la república.

Traian un gran acompañamiento y quinientos *tamanes* ú *hombres de carga*, que tirasen los cañones y aliviasen á los españoles de aquella penosa parte del servicio militar. Era, pues, imposible demorarse por mas tiempo, de manera que despues de oir misa y dar gracias al Sér Supremo por las victorias que les habia concedido, dijeron los cristianos el último adios á los cuarteles en que habian permanecido por cerca de tres semanas, y que estaban situados á la falda del cerro de Tzompanch. La torre maciza que lo coronaba, fué llamada en conne-

moracion de su residencia en ella, *la torre de la Victoria*. Las pocas ruinas que aun quedan de ella, indican al viajero un sitio inmortalizado en la historia por el valor y la constancia de los primeros conquistadores. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Herrera, Hist. general, dec. 2, lib. 6, cap. 10. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4. Gomara, Crónica, cap. 54. Martir, de orbe novo, dec. 5, cap. 2, B. Diaz, Hist. de la Conq., caps. 72; 74. Ixtilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 83.